



GEORGE ELIOT, *Silas Marner*, trad. de José Luis López Muñoz, Alianza Editorial, Madrid, 2014, 360 pp. ISBN: 978-84-206838-5-0.

Las mentes obtusas, cuando forjan por sí mismas  
una deducción que halaga sus deseos, rara vez se detienen  
a analizar si es cierta la primera impresión original de sus conclusiones.  
GEORGE ELIOT

Un aura de misterio envuelve inmerecidamente la vida de Silas Marner que, a pesar del desprecio y del rechazo de la comunidad, trasluce una figura mayestática. Una paradoja que clama por la quintaesencia del hombre común. Entonces el enigma sigue a la superstición y, conforme a lo esperado, la vida se convierte en símbolo. Como seres extraños y diminutos del bosque, así era el alma intensa de Silas Marner, terriblemente sencilla pero precisamente por ello “condenada a perpetua y absoluta soledad” (16). Impasible, e inmerso en la rutina, *Silas Marner* revela en el fondo el hombre moderno promedio, individualista, solitario, egoísta, viviendo conscientemente desarraigado de la civilización, abandonado a su suerte, transformado someramente en automatismo por la técnica. Solo que se trata de la misma técnica que configura la existencia del hombre y deja indefinidamente en suspenso la naturaleza del mundo, anclada irremediabilmente en la fe, en la creencia, en la voluntad de creer en sí mismo hasta el último aliento, si es necesario, adscrito a la negación, aferrado a la nada.

El abandono de la antigua fe como consecuencia de la decepción humana (por la traición de la amistad), una fe que precisamente se dice a sí misma perfecta por conocimiento de causa, reduce a Silas Marner a un exilio perpetuo sin fin, trágicamente la suspensión del recuerdo. Y es que Silas Marner, muerto en vida, como un alma en pena, ha olvidado casi por completo su pasado voluntariamente. Llevado de este modo por la decepción, en apariencia insuperable, que produce el engaño, encuentra refugio en una especie de avaricia que implica una específica concepción material del tiempo que se concreta en dinero. Efectivamente, el tiempo es dinero. Pero, sin embargo, el dinero no siempre es tiempo. Sino que el dinero es la prueba material del efecto del tiempo sobre el hombre, una comprensión profundamente materialista del tiempo que tiene su raíz en el momento presente carente de historia verdadera, rechaza brutalmente el pasado y confirma el futuro bajo la expectativa del cambio nuevo. Incluso las guineas de oro acumuladas con gran esfuerzo y trabajo durante toda una vida no colman la expectativa del avaro Silas Marner que nunca desteje el telar a la espera de recuperar el tiempo perdido.

No sin determinar magníficamente la conciencia reflexiva del lector que se desvía del camino de la letra hacia el carisma del espíritu, esta aura de misterio confirma, así, la trascendencia de la vida que va más allá de la forma, fusionando el sentimiento a la forma de una manera conmovedora, paradójicamente, libre de prejuicios. Una “fe ciega” que resulta compatible con determinada “filosofía de la vida” a la que corresponde por puro “convencimiento” (25, 170-171).

La filosofía de la vida es, en este contexto, la expresión de la voluntad de verdad de la mujer completamente desprovista de piedad y de conmiseración. La nobleza y la cruel sinceridad de Priscilla, su ilimitada y aguda franqueza, no discrimina a la hora de reconocer que, como buena mujer, solo sabe tratar con la verdad, con aquellas personas que única y exclusivamente gustan de “oír la verdad”. Efectivamente, libre de prejuicios, su verdad resulta encomiable. Pero, asombrosamente, esa cualidad feminista incipiente, que no debe confundirse con la femineidad, y que subyace a la manifestación de la verdad de Priscilla, representante de la vieja aristocracia inglesa tanto como de una nueva aristocracia femenina que no deja indiferente, anticipa con creces la deriva del mundo contemporáneo, y supone el contrapunto para Silas Marner infinitamente más romántico y cabal ulteriormente: “Los hombres deben quedar para las que no tienen hogar ni otro medio de agenciárselo más que por el matrimonio”. Lo más importante: “Para mí, no hay mejor marido que mi santa voluntad, y este es el único a quien me avendré a obedecer” (170). Lo que Priscilla no sabe es que la obediencia a la voluntad es imposible sin la autoconciencia de los límites de la voluntad, que la voluntad está determinada y fuertemente condicionada por su propia representación del mundo, y que la voluntad constituye realmente la ausencia de voluntad ante el mundo. En otras palabras, la reivindicación de la figura de lo femenino natural como una especie de diosa doméstica inexpugnable no deja de ser un efecto de la tiranía de la voluntad, una voluntad tiránica que se muestra a sí misma tal cual es. La autoafirmación de la voluntad, la obediencia a sí misma y el rechazo del matrimonio amoroso, son, en definitiva, todos ellos expresión de la aspiración moderna de la mujer a su independencia del hombre, resaltando el sentido del honor, la tolerancia y el gusto por la tradición.

No obstante, no existe un tiempo sin accidentes para el ser humano que, sin embargo, vuelve a recordarle en toda su contradicción que “la seguridad nace del hábito más que del convencimiento” (73). Filosóficamente hablando, la fundamentación de las costumbres es en principio incompatible con la racionalización moral.

Una puerta abierta olvidada es, de hecho, la extraordinaria clave que desencadena la trama, si bien está justificado por el hecho de que el hábito, anunciado por Eliot como lo opuesto a la convicción, le vuelve a Silas Marner demasiado confiado. Éticamente a priori el carácter del hombre deriva de una serie de hábitos que a menudo no ha elegido. Es más, el hecho de que el hábito suponga un impedimento para la elección racional tiene un significado doble: primero, evidentemente, la razón es la facultad humana que se encarga de seleccionar hábitos más educados y, segundo, a priori significa con anterioridad a dicha elección, evitando de este modo que el hábito constituya un grave error

estructural en la existencia del hombre, una barrera que pueda obstaculizar el desarrollo y la evolución del individuo. Precisamente Silas Marner representa la naturaleza del hábito en el sentido de que el hábito conlleva un exceso de confianza por defecto y, cuando la capacidad de pensar se halla atrofiada por la duda (31), la confianza excesiva conduce con frecuencia al error o fracaso.

Resulta fascinante comprobar, en el caso de *Silas Marner*, el modo tan fluido y tan nítido en que, de acuerdo con los caracteres de la literatura inglesa, de la que George Eliot es uno de sus mejores representantes, el paisaje o fondo de la novela deja entrever perfectamente cada pequeño detalle, por irrelevante que sea en apariencia, respecto a la irrupción de la novedad. Así, la catalepsia que caracteriza de manera un tanto forzosa a Silas Marner lo convierte en la figura hiperbólica más representativa de todas las novelas de Eliot, y contribuye a configurar la conocida indiferencia del hilandero —su indudable invulnerabilidad como consecuencia de su aparente insensibilidad, paradójicamente— desde el punto de vista del reposo, siempre acompañado de la soledad, en que a menudo surgen las ideas y el pensamiento se vuelve verdaderamente productivo, excepcionalmente rico.

Al contrario de lo sucedido, con el tiempo “el exceso de sensibilidad hace intolerable todo estímulo exterior” (282) y entonces la intensidad, la vitalidad y la determinación van en aumento por comparación. Consecuentemente, atormentado por el dolor por un delito que no había cometido, en la segunda parte del libro claramente, sospechosamente, a la vista del lector —podría hablarse, de hecho, de un segundo libro que no existe dentro de la novela, y que no deja nada a la imaginación—, el giro radical que se produce en el argumento da lugar a la salvación, fruto del azar, de Silas Marner mediante la transformación del hombre en padre, del viejo hilandero avariento que toma la decisión imposible de adoptar a una criatura recién llegada al mundo que ha sido abandonada frente a su casa junto al cadáver de su madre en el símbolo preciso de la paternidad incondicional, en cierto modo inquebrantable, sin ataduras. Hay, en este sentido, una transfiguración alquímica del oro en el objeto de la infancia, el amor puro verdadero; un proceso alquímico que abarca la unidad incomparable de la sucesión y de la sustitución, la continuidad o la evolución de cada cosa contenida en el ser de todas las cosas, algo que va más allá del significado inmanente de la tierra en la mayoría de las ocasiones equivalente a la poderosa manifestación vital de fenómenos conocidos, y que implica la existencia potencial del padre orgulloso de su libre decisión ulterior empeñada conscientemente en la fuerza de voluntad. Efectivamente, “el oro se había convertido en niña” (218). Lejos de toda muestra de compasión que en el fondo se traduce en autocompasión, se trata, a mi modo de ver, del verdadero amor puro incondicional, sin más: “Quiero hacérselo todo yo mismo [a su hija Eppie], no sea que luego quiera a otros más que a mí” (217). Lo que realmente subyace a la feliz relación con su hija adoptiva es la impresión de lo real como el hecho de que todo aquello que estaba en juego para Silas pasa por buscar a través de la memoria una especie de solución de continuidad respecto a la necesidad de “unir el pasado con el presente”, resultando Eppie la viva imagen de un futuro inmediato notablemente inalterable (247).

Algo que aparece identificado sin rencor, y de buena voluntad, que es lo verdaderamente importante, en el que resulta, en mi opinión, el pasaje más representativo de la novela:

Había sido el oro objeto cuya adoración requería el aislamiento, la ausencia de la luz, del sol, de los ruidos todos más armónicos de la tierra, cuales son la voz del hombre y el cantar de los pájaros. Eppie —su nueva obsesión— vibraba, por el contrario, toda en nacientes inquietudes que le obligaban a salir a la luz, a perseguir los sonidos, a ejercer el movimiento continuo propio de todo ser viviente. La vida y la alegría de la nena engendraban en cuantos la contemplaban sentimientos de benevolencia y de amor. La adoración de su oro había aprisionado el pensamiento de Silas dentro de los límites de un círculo vicioso, sin horizontes; su cariño por Eppie, muy al contrario, iba acompañado de preocupaciones diversas, de temores, de esperanzas. El cariño que por la pequeña sentía el hilandero, impulsaba el sentir de este hasta hacerle traspasar los estrechos confines del pasado, y, franqueando el espacio desconocido de los años futuros, le anticipaba el porvenir, un porvenir en que la niña, hecha mujer, lograría comprender toda la extensión del cariño que le profesaba su padre adoptivo. Silas buscaba la corroboración a tales ilusiones en el ejemplo que le ofrecían las vidas de sus vecinos, llenas de afecto familiar. El oro le había exigido nuevas horas de trabajo y el alejamiento de todo cuanto no se relacionaba con su labor. Eppie, en cambio, le obligaba continuamente a suspender sus tareas, reanimaba sus sentidos y le infundía una vida y una alegría que ella misma atesoraba (p. 222).

Lo más extraordinario por lo inusual que resulta es, naturalmente, la evolución de una hija y de un padre paralelamente —estando muy presente de fondo el eco de Wordsworth—, de la inteligencia mutua compartida en que la hija reconoce el mundo por primera vez y el padre recupera el conocimiento y la fe, cuyo significado real solo se descubre, como es habitual, estipulado en su verdad última, que, sometidos al escrutinio público, había perdido al abandonar su tierra natal.

El duro aprendizaje de la paternidad —suspender las tareas y reavivar los sentimientos— unido a la maravillosa afirmación de la infancia —recibir una vida nueva—, sin embargo, resulta verificado íntegramente por la experiencia, potenciando así la autoconciencia del hombre que había permanecido somnolienta sin saberlo (Wordsworth de nuevo): “En tanto que la vida de la niña se desarrollaba y acometía mayores empeños, el alma del hilandero iba librándose poco a poco de las ligaduras que largo tiempo le tuvieron prisionero, logrando así una mayor plenitud de conciencia” (224-225). En cualquier caso, Silas Marner se encontraba solo ante el ineludible desafío, tarde o temprano, de todo padre que se precie de “compaginar el amor con el deber” a través de la inescrutable inmensidad de la paciencia, a través del temor a perder el cariño por el castigo impuesto, a través del principio de contradicción revivido ahora de manera absolutamente plena como la inevitable suspensión del principio de autoridad. “Siempre que un hombre de corazón afectuoso se deja dominar por el cariño de un ser débil, hasta el punto de creer que el contrariarle puede mermar el afecto que por él siente, pierde en absoluto la superioridad de su fuerza” (226). La fidelidad del amor, impulsada y corroborada por el placer de la convicción, ha de transformarse felizmente en el cuidado del otro. He aquí la clave. De donde proviene que la unión hace la confianza, no la fuerza. Al disponer, sinceramente, el bien inmaterial de la felicidad, el sentimiento resulta indisociable de la forma, asegurando la vida como auténtico estímulo para la

---

existencia del hombre en la medida en que la propia vida exige más vida para resistir, para continuar. “Yo no podría gozar —afirma Eppie— si me viera obligada a separarme de mi padre, si supiera que le dejaba solo y pensaba con tristeza en mí. ...Él me ha cuidado y me ha querido desde un principio, y yo no le abandonaré mientras viva, ni dejaré que nadie se interponga entre nosotros” (294). Para terminar: “No creo que pueda haber nadie más feliz que nosotros [Silas Marner y su hija Eppie]” (310).

Si de todo lo dicho hasta el momento hay una sola expresión que merece la pena recuperar, no se puede comentar aquí. Solo se quería poner de manifiesto, contra todo pronóstico, y para todo el mundo de lectores, que lo que Eliot llama “la desesperante certeza de la realidad”, cuando es recibida sin falta, deja paso a la pasión, afortunadamente. Pero, se preguntará algún lector, ¿qué es la pasión? La pasión es el fruto —¡ojalá infinito!— del deseo, de la esperanza, de la imaginación, en permanente lucha con el mundo exterior, en definitiva de lo imposible. Sin esta viva ilusión, no se puede hablar de literatura.

**Antonio Fernández Díez**